

predicar en otras iglesias, que con los discursos mas bien ordenados. Prescribió hasta que las paredes fuesen de cañas arregladas, ó de palos y tierra amalgamada con paja. Consintió, aunque no fácilmente, en que se fabricase de piedras comunes, á fuerza de instancias que le hicieron representándole que serian menos costosas que la madera, y menos sujetas á reparos. Luego encarga muy particularmente el respeto á los sacerdotes y á los pastores de las almas. „Y mando, dice hablando de la materia, mando absolutamente á todos los frailes, en virtud de santa obediencia; que en cualquiera circunstancias en que se encuentren, no osen de modo alguno solicitar por sí mismos ó por algun mediador, sea el que fuese, breve alguno de la corte romana, á efecto de poseer una iglesia ú otro lugar con pretesto de predicacion, y aun de seguridad para sus personas; y si no los recibieran en una parte, pasen á otra con la bendicion del Señor.” Acabó por vedar espresamente á todo fraile, clérigo ó lego, añadir interpretaciones á este testamento, ó á algun otro punto de la regla; „sino así como Dios, añade, me ha hecho la gracia de explicarlos con sencillez, así ellos lo entiendan y practiquen con la misma.”

60. Hablándole el cardenal protector de la órden sobre los monasterios de monjas de este instituto que principiaban á multiplicarse, respondió vivamente (1): „á escepcion de aquel en que coloqué á Clara, no he procurado la fundacion ni me he encargado del

(1) *Vading.* 1219.

cuidado de ninguno. Nada me affige tanto como el que los frailes se hayan apresurado en establecer otros, encargándose del gobierno de las monjas, y sobre todo el haberles dado el nombre de menores.” Conjuró al cardenal que alejase cuanto posible le fuera á los religiosos del cuidado y trato familiar de las monjas. Habian sido interesantes y enérgicas sus esplicaciones sobre este artículo, durante todo el curso de su gobierno. „¡Cuánto temo, exclamaba con frecuencia y siempre cada vez con mayor conmocion, cuánto temo que al propio tiempo que Dios nos ha quitado las mugeres, el diablo no nos haya dado las hermanas!” Muestra este rasgo por sí solo los buenos deseos de un Santo entregado enteramente á la sabia locura de la cruz.

Sintiendo el humilde Francisco cercana su última hora, se echó en la tierra desnuda, alzó las manos al cielo y bendijo al Señor porque iba á él con libertad perfecta y con entera desnudéz. Volvió sus ojos á los frailes que estaban presentes, y les dijo: „he hecho lo que me corresponde, nuestro Señor os ayudará en lo que os toca hacer á vosotros.” Entonces llegando los frailes que estaban en las cercanías deshechos en lágrimas, los exhortó á conservar el amor de Dios y del prógimo, la humildad, la pobreza, la paciencia, y en especial la fe de la iglesia romana; lo que pidió con tanta eficacia que el horror particular con que sus hijos miran las novedades sospechosas, prueba aun despues de tantos siglos la fuerza de su ruego. Luego mandó que le leyesen la

pasion del Salvador segun San Juan; recitó como pudo el salmo ciento cuarenta y uno, y al proferir aquellas palabras del último verso: *sacad mi alma de su prision para que celebre vuestra gloria: los justos esperan que vos me coroneis*: entregó dulcemente el espíritu la noche del 3 al 4 de Octubre del año 1226, el cuarenta y cinco de su edad, y el diez y ocho de la institucion de su orden. El cielo no tardó en honrar el sepulcro de su siervo con extraordinarios prodigios, é hizo su nombre tan famoso en el universo, cuanto mas habia él estudiado en hacerse pequeño y despreciable á los ojos de los hombres. El Papa Gregorio IX le canonizó dos años despues de su muerte con la mas ostentosa solemnidad; y para el efecto pasó en persona su Santidad á Asís, donde concedió indulgencias, imitando á su predecesor Honorio III, el primero que introdujo este uso en la canonizacion de los Santos.

61. Visitó Gregorio en esta ciudad á Clara, discípula tan digna de Francisco, y la ofreció posesiones considerables en bienes raices, como indispensables para acudir á varios inconvenientes que individualizó. Respondió Clara constantemente que la santa pobreza valia mas que todos los bienes y ventajas que la presentaba. „Hija mia, replicó el Papa, si es el voto lo que os detiene, yo os absuelvo de él. Santo Padre, respondió con libertad evangélica, yo no pido mas absolucion que la de mis culpas (1).”

Este era el cardenal Hugolino, que con el nom-

(1) *Sur. Vit. Clar. cap. 9.*

bre de Gregorio IX fue elegido por sucesor del Papa Honorio al dia siguiente de la muerte de éste, en 19 de Marzo de 1227. Hugolino procuraba con mucho celo el bien, como hemos visto; era gran protector de la virtud, y llevaba una vida muy egemglar; hombre de mucho espíritu y de gran memoria, y muy versado con particularidad en el derecho. Contaba cerca de ochenta y tres años cuando fue exaltado á la Cátedra de San Pedro. La ocupó no obstante catorce años, cinco meses y dos dias, y de este modo vivió cerca de un siglo. Sin embargo, tenia un celo rígido, que no consideró suficientemente el tiempo y las personas, y renovó las disensiones y discordias tan frecuentes desde las innovaciones de Gregorio VII.

62. El Emperador Federico se descompuso con la santa Sede, bajo el último pontificado, deponiendo á los condes de Anagnia, hermanos de Inocencio III, protegidos por Honorio su sucesor: esta semilla de division entre el Papa y el Emperador, rompió en diversos encuentros, y amenazaba llegar á los mayores extremos, cuando el Rey Juan de Briena, que habia venido á promover los socorros de Europa, procuró entre ellos una reconciliacion pasagera, dando su hija primogénita en matrimonio á Federico. Entonces este Principe ambicioso, guiado por su interés, intentó de veras el recobro de la tierra santa, que miraba ya como su propio dominio. Mas muy en breve mostró su ingratitude, despojando á su padre político de las rentas, y aun del título de Rey

de Jerusalem. Indignado Juan de Briena, se retiró á Roma, donde fue nombrado gobernador del estado eclesiástico; pero el Papa Honorio que le amaba con ternura no habia podido restituírle á sus derechos.

63. Gregorio su sucesor y pariente propíncuo de Inocencio III, cuya familia habia ya sido despojada por Federico, principió desde luego á estrechar vivamente á este Príncipe para que cumpliera su voto de la cruzada (1). No pudo dejar de embarcarse el Emperador, y estuvo algun tiempo en el mar; pero pretestando una enfermedad que habia muchos motivos para creer supuesta, entró en el puerto de Otranto, y fue causa de que la mayor parte de los cruzados se tornasen á sus hogares. Aconteció esto en el mes de Agosto del año 1227, término dado al Emperador por última dilacion, pasado el cual consintió él mismo en ser escomulgado si no cumpla su voto de la cruzada. Pronunció la sentencia de escomunion el Papa Gregorio asistido de los cardenales y de un gran número de obispos, el 29 de Setiembre siguiente dia de San Miguel; la reiteró en otras varias ocasiones, y añadió el entredicho en todos los lugares donde llegase el Emperador, y por todo el tiempo que permaneciese en ellos. Además amenazó á este Príncipe, en el caso de despreciar sus censuras, de que le trataria como herege, esto es, conforme al estilo de aquel tiempo, que absolveria á sus vasallos del juramento de fidelidad.

Federico, á quien tales rigores no inspiraron sino

(1) *Vit. Greg. ap. Rain. num. 29.*

venganza, sirvióse para satisfacerla de un ardid, que podrá dar una idea tanto de su espíritu artificioso, quanto del exceso en que le abismó el abuso de la feudalidad (1). Llamó de Roma á los Frangipanes con otros romanos ilustres y poderosos, de quienes estaba seguro; hizo valuar quanto tenían en la ciudad en casas, jardines y otras tierras, y se lo compró devolviéndoselo luego á título de feudo. Habiendo vuelto á Roma estos nuevos vasallos, sublevaron el pueblo contra el Papa, fueron á insultarle á San Pedro mientras la celebracion de la misa con clamores y amenazas tan terribles, que el Pontífice se vió obligado á buscar su seguridad fuera de Roma.

64. Tuvo despues el Emperador una grande asamblea para arreglar los asuntos de Sicilia durante su viage ultramarino, que las murmuraciones de toda la cristiandad le forzaron por último á emprender. Vedóle el Papa mezclarse estando escomulgado en una guerra santa; mas Federico no se detuvo en embarcarse, y despues de una navegacion bastante feliz llegó á Acre el 7 de Setiembre de 1228, aunque con un egército casi aniquilado por sus dilaciones multiplicadas, y por las enfermedades que le asaltaron antes de su partida. Fue entre otros victima de ellas Luis, landgrave de Turingia, el mas poderoso de los Príncipes alemanes que habian tomado la cruz. Para colmo de los reveses, envió el Papa dos frailes menores en seguimiento de Federico, con órden al patriarca de Jerusalem de denunciar á este Príncipe es-

(1) *Usperg. pag. 325.*

comulgado, y prohibir á los caballeros del Temple, del Hospital y órden teutónico que le obedeciesen.

No obstante, tuvo la felicidad de que Coradino, sultan de Siria y el mas peligroso enemigo de los cristianos, acababa de morir, y Meledino su hermano, sultan de Egipto, no queria la guerra. Envióle el Emperador embajadores con presentes, y le ofreció la paz si queria entregarle el reino de Jerusalem. El sultan consintió en poner en sus manos esta ciudad; pero toda desmantelada, y bajo de otras condiciones aun mas duras y tan vergonzosas que los cristianos del pais rehusaron acceder á ellas. No dejó por esto de hacer su entrada en esta ciudad, siendo este el último Príncipe de Europa que se presentó en ella como Soberano. Dirigióse con pompa regia al santo sepulcro acompañado de los caballeros teutónicos, y de gran número de pueblo y nobleza; pero no encontró un solo obispo para darle la corona, y así se vió obligado á tomarla por sí mismo del altar. Al dia siguiente partió por la mañana para volverse á Acre, sin haber hecho mas para la seguridad de la plaza, que exhortar á la nobleza á fortificarla. No obstante, escribió cartas triunfantes á Europa, y encareció su expedicion con un énfasis que no tardó en desmentir el patriarca de Jerusalem.

65. Entretanto el Rey Juan de Briena á quien el Papa habia puesto á la cabeza de las tropas de la Iglesia, tomó á los tenientes del Emperador las mejores plazas en el reino de Nápoles. Habia hecho ya una irrupcion en el patrimonio de San Pedro, Rainal-

do, duque de Spoleto, que mandaba el ejército imperial, trayendo de Sicilia sarracenos sujetos al Emperador que egercieron impiedades y no oidas crueldades. El Papa, despues de haber empleado inútilmente los rayos de la Iglesia, juzgó que era necesario rechazar la fuerza con la fuerza, y confió para esto un cuerpo numeroso de caballería y de infantería á Juan de Briena. Como se trataba de defender las posesiones de la santa Sede, se llamaron estas tropas ejército de la Iglesia, y pretendian servir á la Religion como los cruzados; pero en lugar de cruz traían sobre sus vestidos las llaves, que son el símbolo de la potestad Pontificia. El Rey titular de Jerusalem hizo esta guerra á la manera bárbara del oriente, ó por mejor decir, con el furor que le inspiró la naturaleza ultrajada en su persona por el Emperador su yerno, y el Papa procuró moderarle. „Dios, le dijo, quiere conservar la libertad de su Iglesia; mas no quiere que los que tienen el encargo de defenderla se muestren ansiosos de sangre, ni que trafiquen con la libertad de sus hermanos. Tratemos á nuestros prisioneros con una generosidad que reduzca los hijos engañados al seno de la Iglesia su madre (1).”

Con todo, enviaron á decir al Emperador, que en tanto que él combatia los enemigos del nombre cristiano, la Cabeza de la Religion invadia sus dominios, y que sus vasallos de Italia eran víctimas de los tratamientos mas ignominiosos. Obligóle el deseo

(1) *Matth. Par. ann. 1229.*

de remediar este daño á concluir una tregua de diez años con Meledino, y á acelerar su vuelta á Europa, dejando espuesta la seguridad de su cumplimiento. Tambien creyó que su propia persona no estaba segura en Palestina. Mateo parisiense, autor contemporáneo, acusa á los caballeros del Hospital, y mucho mas á los del Temple, de haber dado aviso al sultan de Egipto de un viage que por devocion hacia Federico á pie y con poco séquito. Añade, que indignado el sultan de semejante perfidia, de la que no quiso aprovecharse, puso en noticia de Federico los autores, el cual disimuló esperando sazon conveniente para vengarse, y que tal fue el origen de su odio contra los templarios. Bastó en Italia su sola presencia para disipar las tempestades que se formaban contra él. En poco tiempo recuperó todas las plazas que sus tenientes dejaron tomar; pero lo que fue mas interesante, y causó tanta mas alegría cuanto menos se esperaba, hizo la paz con el Papa en el año siguiente, y recibió la absolucion de las censuras. Volvió Gregorio IX poco despues á entrar en Roma, cuyos ciudadanos se esforzaron á reparar sus faltas redoblando su respeto. Dicen que los movió á hacerlo así una inundacion prodigiosa del Tiber, despues de la cual quedó en la ciudad una enorme multitud de descomunales serpientes, que llenaron de espanto todos los cuarteles, y atormentaron á los romanos con sus mordeduras venenosas (1).

66. Fue llamado al imperio de Constantinopla

(1) *Ric. S. Germ. pag. 1005.*

Juan de Briena, que desde Italia habia pasado á Francia. El Emperador Roberto de Courtenai murió en el año de 1228, dejando por sucesor á su hermano Balduino, segundo de este nombre, de edad cuando mas de once años. Para gobernar el imperio durante su menor edad creyeron los francos de la Romanía que no podian hacer cosa mas acertada que recurrir al Rey desposeido de Jerusalem, el cual conocia las costumbres y los intereses del oriente. Conviniéron en que una hija jóven que tenia todavía, á pesar de que él llegaba casi á los ochenta años, casaria con el jóven Balduino luego que uno y otro estuviesen en estado: que el padre de la Princesa seria entretanto coronado Emperador, y conservaria toda su vida el título y la autoridad.

67. El landgrave de Turingia, á quien solo la muerte pudo impedir el pasar en seguimiento del Emperador Federico á Palestina, dejó viuda en la edad de veinte años á Isabel, hija de Andrés, Rey de Ungría: era Princesa de acendrada virtud, uno de los modelos mas bellos de su siglo, y la que la Iglesia ha propuesto para la imitacion y el culto de los siglos siguientes (1). Desde la edad de catorce años fue educada en la corte de Turingia, donde su temprana virtud produjo copiosos frutos de edificacion, y movió en especial al jóven esposo, que la estaba destinado, á imitarla. Su caridad inestinguible y su heróica paciencia, son las dos virtudes que mas la distinguen en su vida. Alimentaba á nuevecientos po-

(1) *Hist. Landgr. cap. 40. et seq. = Bonav. Serm. de S. Eliz.*